

bino Amaya, ha celebrado una exposición en el Círculo de Bellas Artes, madrileño, destacando entre sus obras el «Retablo del Salvador», «Sagrada Familia», «Ecce Homo», «San Francisco de Asís», «Beato Martín de Pons», y varios retratos, incli- nándose toda la crítica a considerar como la más valiosa de las obras expuestas, por ser una de las esculturas más logra- das por artistas españoles en lo que va de siglo, la titulada «San Francisco y el lobo».

El amor a la música va arraigando me- diante organizaciones tendentes a tal fin, dentro de nuestra región. Repetidas ve- ces hemos aludido al abandono que en materia de música se encontraba Extre- madura, y por eso no solo nos duelen prendas en reconocer el gratísimo movi- miento que en diversas localidades se ha suscitado, sino que en la medida de nues- tro modesto esfuerzo, hemos de jalear tal corriente del gusto artístico, y así en Pla- sencia se celebró un concierto de guitarra por Fernández de la Cámara, y en la pro- pia ciudad se gestó el triunfo que la Masa Coral de Educación y Descanso, bajo la dirección de D. Moisés de Cáceres y Halcón, ha obtenido en el concurso fol- klórico de Mallorca, donde la agrupación se clasificó en el segundo grupo con el dictado de «benemérito»; también en Cá- ceres hubo actividad musical, la primera a cargo del pianista Antonio Iglesias, de fácil factura y brío apasionado, que ofre- ció un concierto gratuito; más tarde, en otro concierto, actuó la Masa Coral de Educación y Descanso, cacereña, bajo la dirección de la Srta. Angeles Capdevielle y del Sr. Berzosa, apreciándose los pro- gresos que va alcanzando la coral, pues en algunas piezas del repertorio lograron aciertos definitivos, y como segunda parte actuó prodigiosamente al piano, el maestro Rafael Vázquez Sebastián, con- sumado artista de ágil tecteo y emoción contagiosa.

OTRAS NOTICIAS

Las congresistas del Congreso Feme- nino Hispano-americano, visitaron Gua- dalupe, trono de la Virgen de la Hispani- dad, quedando verdaderamente encanta- das. Asistieron a la inauguración de las nuevas Casas Consistoriales, en cuyo acto pronunciaron discursos el Alcalde de Guadalupe y el Gobernador Civil, señor Rueda, y más tarde se celebró otro en el

Monasterio, haciendo uso de la palabra el P. Bonilla, interviniendo a continuación un coro chileno, y cerrando las actuacio- nes el Grupo de Coros y Danzas de Cá- ceres, mundialmente famoso, que inter- pretó canciones y danzas extremeñas en el patio gótico.

También en Guadalupe, se celebró en la intimidad, la entrega del título de Se- cretario de la Junta Rectora de la Aso- ciación de Amigos de Guadalupe, al Re- verendo P. Guardián del Monasterio, Fray Martín Aranguren, a cuyo efecto se trasladó desde Cáceres una comisión in- tegrada por los Sres. Gutiérrez Macías, Durán García-Pelayo y Becerro de Bengoa.

Entre la actividad pedagógica última- mente desarrollada en nuestra provincia, merece señalarse la de nuestro colabora- dor y notable arqueólogo, el Inspector Provincial de Primera Enseñanza, don José Ramón Fernández Oxea, celebrando campañas con los maestros de su zona, con feliz éxito, en las localidades de Zo- rita, Trujillo, Navalmoral y Jaraiz.

HACIA LA UNIVERSIDAD EXTREMEÑA

Ha surgido—¡otra vez y Dios quiera que ahora con suerte!—el tema de la Uni- versidad en Extremadura.

La Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio de los Jesuitas, de Villafranca de los Barros, por una parte; el cate- drático jubilado D. Lorenzo Torremocha, en la Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto de Cáceres, por otra, y, los Montepíos y Mutualidades cacereños, últimamente, han lanzado de nuevo la consigna de laborar por la consecución de la Universidad Extremeña. Ni que de- cir tiene que «ALCÁNTARA», al igual que ha hecho la prensa diaria, recoge y hace su- ya tan transcendental iniciativa, y sugiere que ante la magnitud del problema es de absoluta necesidad la unificación de es- fuerzos, y nada mejor para ello que la constitución de la consabida, pero inelu- dible, comisión, en la que estén represen- tadas equilibradamente las instituciones culturales de ambas provincias extreme- ñas, canalizando así los esfuerzos hasta ahora dispersos y facilitándose la obten- ción de datos que sirvan para basar tan loable aspiración.

CURIO O'XILLO



AL MARGEN DE LOS LIBROS

El nombre de Cabra me retrotrae a una fecha, no solo grata, sino feliz de mi vida. Todo tiempo pasado es una dulce carga que gravita sobre nuestro corazón, con sus contrariedades y sus alegrías, sus infortunios y sus venturas. El dolor y la felicidad, tamizados por la distancia, siempre adoptan formas suaves.

El 24 de Junio de 1935 nos reunimos en la antigua Egabro unos cuantos aman- tes de las letras para rendir homenaje a la memoria del insigne autor de *Pepita Jiménez*. Con ocasión de fiesta tan ven- turosa e inolvidable, conocí a D. Juan Soca, Secretario a la sazón de los *Amigos de D. Juan Valera*; Jefe de la Biblioteca Municipal de Cabra; inspirado poeta líri- co; cuentista muy notable—aún perdura en mi recuerdo la deliciosa impresión que sus *Cuentos humanos* me produjeron—; novelista y autor dramático. Basta esta enumeración para que nos demos cuenta de que su talento literario está escindido en numerosas modalidades creadoras.

El envío de su último libro: *El Doctor Cordial* (1), novela lírica, según reza en la portada, ha venido a promover en mí un tropel de agradables recordaciones y a depararme unas horas de amena lec- tura.

Cabra, la simpática ciudad andaluza, con su luminosidad, con su alegría, con la nítida blancura de sus casas, con el rico olor de sus frutos maduros y la transpa- rencia cristalina de sus acequias, es el marco o escenario de la fábula. Quien haya andado alguna vez por aquellas ca- lles, visitado sus centros, cafés y tertu- lias, recorrido sus pintorescos alrededores: la fuente del Egido que Valera inmortalizó en las lindas páginas de *Pepita Jiménez* y de *Juanita la Larga*; la *Cueva*, el *Balcón de Pilatos*; las huertas con sus frutales de acogedora sombra y el susurro del agua de sus azarbes; subido a la er- mita de la Virgen de la Sierra y contem- plado los vastísimos horizontes que desde allí se ofrecen al espectador: Rute, Alcalá la Real, Castillo de Carcabuey, Almedi- nilla, Castellar... prestamente reconoce- rá en el ámbito novelesco de *El Doctor Cordial* la vida, costumbres, tipos y paisa- je egabrenses.

Lírica es la novela de Soca, porque todos estos motivos de inspiración tienen

en la pluma de nuestro dilecto amigo una resonancia hondamente sentimental.

Los personajes: Paco Heredia, Rosa- rito, *Fierrecita*, las *Parcas*, Ulloa, Don Curro, también se mueven en una húme- da atmósfera de lirismo. Son vivos, autó- nomos, individuales, esto es, de rasgos específicos bien diferenciados, lo cual no quita que, concordes con el ambiente que se ha tomado en torno de ellos, denoten asimismo su prosapia eminentemente afectiva. Y esta correspondencia entre el marco y la acción, entre la topografía y los intérpretes de la fábula, es una de las más bellas cualidades del libro: cebo o estímulo de nuestra atención.

La prosa se distingue por su rico vo- cabulario, por su fluidez y garbo andaluz.

Agradecemos a nuestro buen amigo D. Juan Soca el envío y amable dedica- toria de *El Doctor Cordial* cuyas páginas, interesantes y emotivas, nos han propor- cionado grande deleite.



En el número anterior de «ALCÁNTARA» ofrecimos a nuestros lectores una bellí- sima estampa lírica debida a la inspiración del Padre Corredor: *A misa de alba*.

Elegimos este romance, para brindár- selo al público que lee esta revista, de entre las múltiples composiciones que in- tegran el último libro dado a la estampa por el Padre Corredor: *Laúd seráfico* (2), no sólo porque el lugar de la acción es un típico rincón de Cáceres, sino porque con una encantadora sencillez lírica, sin enre- vesadas o audacisimas imágenes, sin el menor empaque rítmico, se llama por el inspirado poeta franciscano a las puertas de nuestro corazón.

La melodía sentimental de quien se- guramente iba a cumplir un sagrado de- ber de su ministerio, y en el curso de su breve camino alancéale las carnes el filo de la madrugada, oye ladrar a un can; ve a un hombre que pasa corriendo, con un brasero cuyas ascuas brincan en torbelli- no, como estrellas de oro y de plata; ob- serva cómo salta un felino y acuerda un gallo su aguda flauta, mientras el reloj marca una hora, seis aldadadas dadas en

(1) Cabra, 1950.
(2) Sevilla, 1950.

antiguo portalón llenan de vibraciones el aire y la luz del amanecer pósase en melladas almenas; la melodía sentimental, decíamos, del madrugador franciscano, requerido de tan elevado menester, se desvuelve dulce y morosamente en este cuadro de delicadas tonalidades líricas.

Con ser dicho romance del mejor cuño, no desmerecen junto a él las otras poesías del libro. Sobresalen del conjunto por la belleza del tema y la elegante dicción *En el huerto del Amado*, *Palmera del convento* y *Añoranza*. Hay como un eco becqueriano en *Te gusta mi poesía*.

No sé, no sé el porqué, pero en mis veyo pongo el corazón! [sos.]

¡Ah, si todos los que componen versos pusieran en ellos el corazón, podríamos licenciar a Ariadna, cuyos servicios ya no nos serían necesarios, y veríamos el erial hecho huerto!

El niño enfermo es una composición preciosa. Aunque nos vemos acuciados y constreñidos por la falta de espacio: acuciados a proseguir pergeñando deprisa estos renglones, y constreñidos por la ley inviolable de la impenetrabilidad de los cuerpos, no resistimos a la tentación de reproducir la primera bellísima estrofa:

¡Madre, madre adorada!...
¡Madre!, cuando yo muera
visteme la ropita del domingo,
la ropita más nueva,
la que huele a manzana,
la que tú guardas en el arca vieja...

¡Qué bien suenan estas palabras tan sencillas! ¡Cómo trasciende de ellas un aroma casto y suavísimo! Y bajo esta línea clara, ligeramente andarina, con la afluencia de esos arroyos que apenas si andan y que aprovechan cualquier meandro para reposar de la andadura, el contraste del sentimiento patético, el aldonazo de la emoción.

Además, *Laid seráfico* es un libro, que ha sido editado con singular esmero.



¿Puede haber una literatura sin literatura? Según el alcance que se quiera dar a esta pregunta, así habrá que contestarla. Una literatura sin literatura sería como unas sopas de pan sin pan o una paella sin arroz. Lo literal en las letras ha sido propio de las creaciones primitivas. Todas las literaturas preclásicas emplearon un lenguaje más directo que figurado. Si

hay lenguas, como la hebraica, muy expresivas y pintorescas, que remedian su pobreza de vocabulario con representaciones plásticas y vigorosas, lo general es que a medida que se desvuelven a lo largo del tiempo, vayan llenándose de recursos tropológicos (1). La metáfora tiene un valor tan imponderable, es un elemento tan poderoso y decisivo, que en cuanto nos enfrentamos con las cosas abstractas hemos de echar mano de ella. Las ciencias del espíritu sucumbirían o poco menos sin el auxilio del lenguaje tropológico. Las cuestiones metafísicas y psicológicas más profundas han sido siempre tratadas con metáforas (2). Todas las formas primitivas de la literatura son sencillas, sobrias, austeras, es decir, directas: el *Cantar de Mio Cid*, las poesías de Berceo, los romances debidos a la musa popular. Cuando el espíritu de un pueblo alcanza su más frondoso desarrollo, el lenguaje se llena de mil formas expresivas, entre las cuales, enseñoreándose de las demás, están la metáfora y la imagen. Del modo directo, literal, pasamos al figurado o traslaticio. La poesía, principalmente, adopta estos nuevos elementos, se nutre de ellos, hasta llegar a la hinchazón de los *ismos* literarios, que se caracterizan generalmente por la abundancia y el derroche tropológicos.

Ahora bien, si la pregunta que formulamos al principio es una hipérbolice con la que queremos oponernos a los desvarios de la imaginación creadora, a las exageraciones y extravagancias de poetas y prosistas afectados de arbitrario y descomunal retoricismo, entonces habrá que contestarla afirmativamente, violentando la lógica, la verdad artística, en obsequio de una más feliz y esmerada realización de lo bello.

Bien quisiéramos exponer estas ideas por extenso y es posible que lo hagamos otro día con ocasión del *Pedrito de Andía*, del Sr. Sánchez Mazas, pero ahora hemos de constreñirnos, pues nos falta tiempo y espacio.

Proviene las breves y sencillas especulaciones anteriores, de la lectura del libro recientemente publicado por nuestro colaborador D. García Durán Muñoz. **Campero extremeño** (3) que es el título de dicha obra, es una metáfora y una imagen

(1) Nos referimos al lenguaje literario, no al primitivo lenguaje metafórico, impuesto por una necesidad genésica de las lenguas.

(2) Véase el *Homo ludens* de Huizinga. Ortega y Gasset ha tratado después este mismo tema más extensamente.

(3) Madrid, 1951.

vivas. Las reacciones anímicas del autor ante las cosas adoptan la forma vigorosa, explosiva, hiriente, de la metáfora o de la imagen. ¡Vaya Vd. a un derrochador a decirle que tiene un agujero en cada mano! La razón de su liberalidad, de sus prodigalidades, es algo consustancial a su propia naturaleza. Derrocha el dinero como respira o como le circula la sangre por las venas.

«Con mi jaca yo llegué a su «muerte» y cuelgo la liebre del arzón mientras el galgo airea la antorcha de la lengua y refresca la hoguera de su boca.»

«La página blanca se cubrió de la primavera de las letras, porque la letra es la flor del papel, y en mi cuartilla—que de tan blanca sobre la carpeta negra semeja una aurora encuadrada entre noches—mi mano es viento que transporta el polen de la idea, y, ya en el libro, el lápiz es el perro que «manea» cobrándose la caza.»

«Sobre la verde copa de los árboles escancia el sol el vino de su ocaso.»

«La asamblea de los pájaros en el jardín—como un parlamento español—era un griterío desaforado piando discusiones.»

«Las hierbas se doblaban acurrucadas en hacedillos, como grupos de comadres viejas juntándose para murmurar bajo la sombra de la sotana verdinegra de una encina.»

Y así es todo el libro. Una llamada lírica, un borbotar constante de la imaginación, un arco tenso sin reposo disparando flechas. Se encadenan las imágenes y los tropos, como una guirnalda sin fin. ¡Dichosa edad, hermosa juventud que tiene también sus imperativos categóricos! Un corazón así, en perenne borbolear—nos hemos contagiado—¡qué caso va a hacer de las llamadas de la razón al orden?

Por otra parte nuestro joven autor, si no forma en las filas de los seguidores de Bergson, de Keyserling, de Rathenau, etc., tampoco es un sumiso a los dictados del racionalismo, pues así lo declara al decir: «No quiero dejarlo crecer (al libro), sería razonable, y con la razón vendrían los disgustos».

El Sr. Durán Muñoz ha escrito un bello poema en prosa. Algunas veces, como ocurre al final de la página 25, la prosa intenta hacerse rítmica. *Intimidación y recuerdos*, *Romancillo de la estrella polar*—lindo, áureo, primoroso, como labrado cofrecillo—, *Brindis entre luces*, *Campero extremeño en cuatro galopes y un entre-*

tiempo son los rótulos que el autor ha puesto a los temas en torno de los cuales discurre su copiosa, irrestañable vena lírica.

Respecto del título que lleva el libro vamos a hacer una pequeña observación. *Campero*,—adjetivo rara vez sustantivado—no equivale a campo, campaña, campiña, tierra, terruño, etc. Terrón Albarrán también ha desviado esta voz de su auténtica y castiza significación. Bien es verdad que ahora la semántica está a merced del capricho de cualquier pluma voluntariosa.

Notemos, por último, antes de terminar estas glosas y con nuestra felicitación más efusiva al Sr. Durán Muñoz por cuanto de poemático y deleitable tiene su trabajo, que la presentación gráfica de éste no puede ser más bella y ejemplar.



... Y lo mismo cabe decir de la obra recién salida de los tórculos, que con el sugerente título de **Rapsodia marinera** (1) ha publicado el culto Inspector de Enseñanza Primaria de Palencia, D. Antonio Fernández Rodríguez. Manejable por su tamaño; simpática y atrayente por la nitidez y calidad del papel, la pulcra impresión y el atavío alegórico de su portada. Erasmo sentía verdadera predilección por estos libros tan legibles y fáciles de manejar.

Los niños tienen siempre abierta la boca para hacer alguna pregunta. El poeta, injustamente olvidado, Ricardo J. Catinéu ha sabido dar forma rítmica a este hecho. Un niño en casa querrá conocer el nombre de todas las cosas que le rodean; para qué sirven y cómo han de emplearse. En la calle todo tentará su curiosidad; lo que hay en los escaparates; el coche parado en la esquina; tal o cual anuncio luminoso; los golpes que da el herrero con el martillo en el yunque; la boca de riego de la acera; el reflejo de la luz en los cristales; las voces de los vendedores... En mitad del campo redoblará sus preguntas. ¿Qué árbol es ese? ¿Cómo se llaman las florecillas del suelo? ¿A dónde va este camino? Frente al mar su avidez inquisitiva se hace incluso instintivamente soñadora. ¿De dónde viene o a dónde va ese barco? ¿Por qué tienden los pescadores las redes sobre la arena de la playa? ¿Por qué hace guiños aquella luz que brilla dentro del agua?

(1) Palencia, 1951.

Desconfiemos que en estos tiempos de tan terrible dinamismo, en que los hombres se ven absorbidos por el diario trafagar: la oficina, el comercio, la clínica, el taller, puedan los padres subvenir a la curiosidad de los hijos. Es una pena que sea así, pero así es. Lo hermoso, lo ideal, sería que el padre fuese el encargado principalmente de descubrir el velo con que las cosas se ofrecen a los ojos de los niños. Como suele fallar esta aspiración, frustrarse tal cometido, hay que volver los ojos al maestro, y decirle: «Ahí te entrego a ese ser que me es tan entrañable. Encárgate de irle descubriendo el mundo en que está sumergido».

El padre que no puede o no sabe realizar este nobilísimo, altísimo quehacer, pero que, consciente, se da cuenta de cuanto representa tal ocupación, desearía que ningún hombre estuviere tan bien dotado y preparado como el maestro. Todo lo que venga a convertirse respecto de éste, en legítima moneda con que entablar sus relaciones espirituales con el niño le parecerá de perlas. Cuanto más sepa el maestro; cuanto más eficaces sean sus métodos educativos y beneficiosas las lecturas de que se le provea, y firme la vocación, y clara y precisa la visión que tiene de su deber, mejor. De aquí que hayamos mirado siempre con la más viva simpatía aquellos libros que tienden a estimular a los maestros en sus actividades pedagógicas; a sugerirles ideas, a promover inquietudes en sus almas...

Tienen que enfrentarse con imaginaciones muy vivas e insaciables. Cuanto mayor sea, pues, el caudal de sus conocimientos; cuantos más estímulos despierte en ellos la lectura; cuantas mejores semillas obtengan para transmitírselas a sus discípulos—surcos siempre dispuestos a recibirlos, si se hace asequible la enseñanza con la amenidad—más fecunda y gloriosa será su misión.

Pues bien, esto es lo que se ha propuesto conseguir nuestro paisano y colaborador, D. Antonio Fernández Rodríguez, al reunir bajo el título ya citado, una serie de ensayos sobre el valor pedagógico del mar, es decir, sobre el mar como instrumento de enseñanza. Al abordar tema tan dilatado y trascendente, dentro del ámbito en que se ha movido España con relación a los mares, no ha

omitido acontecimiento digno de mención, ni figura alguna vinculada a aquéllos: el descubrimiento de América y del Pacífico, la primera vuelta al mundo, la conquista de Filipinas; las batallas de Lepanto y de Trafalgar; la expansión mediterránea; el peligro turco; la *Invencible*; la nao de Atapulco; Ramón Bonifaz; Pedro de Estopiñán y Sarmiento de Gamboa... Cartógrafos, marineros, descubridores... El mar como libro de pedagogía, como educación de la inteligencia, de la voluntad y de los sentimientos, como cátedra divina y como valiosísimo elemento metafórico. La novela y el mar. Y todo esto dicho con literaria elegancia y sin esa erudición muerta que como lastre o carga insostenible suele rodear al pasado. El dato preciso, y nada más. Merced a tal circunstancia, el libro, instructivo, aleccionador y agradable—*útile dulci*—despertará la curiosidad y el interés de los maestros, a quienes va dirigido principalmente, e incluso de los alumnos, ya que no hay ninguna seria razón que lo haga a éstos inaccesible.

En el curso de la lectura solo hemos señalado una metáfora con el lápiz rojo. Con ese lápiz rojo que tanto desagradan a algunos autores, a pesar de los buenos modos que empleamos al hacer estas observaciones. Pero el Sr. Fernández Rodríguez nos ha dado más de una prueba de que no solo no le disgustan nuestros consejos, sino que los acepta. Y todo porque piensa, como debe pensarse, que no tenemos la intención de menoscabar reputaciones, y sí que se consoliden y acrisolen.

Para que una metáfora produzca el efecto que persigue es necesario que entre sus términos exista cierta relación de semejanza. «Hoy son las islas (Canarias) fecunda cantera agrícola», leemos en la página 76. Ni es atribuible la idea de fecundidad a una cantera, ni cabe pensar que la imagen que se forja de ella la mente pueda sugerirnos la de una abundante producción de «plátanos, tabaco, caña de azúcar, tomates, dátiles y cochinillas».

Fuera de este pequeño descuido o impropiedad, que en nada rebaja el valor del libro, no hemos notado cosa alguna que deba reprochársele al autor, y sí muchas, en cambio, de que hacernos lenguas.

PEDRO ROMERO MENDOZA

OTRAS RESENCIONES

AIRE Y CENIZA, versos de Eduardo Alonso (1).

Gracias dejó dicho—lo recuerda Gammallo Fierros, el prologuista de este libro—que «lo bueno si breve dos veces bueno», y el Arcipreste de Hita, en aquella enumeración «De las propiedades que las dueñas chicas han», que «lo menor es lo mejor». ¿Es esto un circunloquio para alabar la brevedad, que no otra cosa, de los poemas de Eduardo Alonso? En modo alguno. Hay que alabarles, al par que por esa bondad de lo breve, porque nos dan, condensado, todo un mundo poético que va desde la observación pasajera de cuanto acontece en el cotidiano vivir hasta la introspección y análisis del yo que nos mueve. Y por fondo—música, paisaje u obsesión—¿cómo no?, la muerte.

Hay en Eduardo Alonso un poeta preocupado por la brevedad. Soleares, cuartetas, quintillas... y, a lo sumo, se extiende hasta alguna décima. Casi siempre en metro menor, en el tono ágil del cantar. Rara vez la pluma se le desmanda y pasa de ese límite de medida, bien que casi siempre que ello ocurre algún verso de pie quebrado rompe la solemnidad del arte mayor.

Y en cada una de esas formas, un poema. Muchas veces, incluso de cuatro versos, le sobran dos para lo que quiere decir.

Sentencia así:

... la causa inexplicable de vivir
está en que no razona el corazón.

O de este otro modo:

Concebimos
nada más: no ejecutamos.
Y soñamos
nada más: que no dormimos.

Toda idea, todo pensamiento, toda observación son por Alonso sometidos a elaboración poética, y toda y siega palabras innecesarias. La idea escueta y—sorprendente!—con belleza.

Al volver una hoja—en cada hoja de octavo menor hay dos poemas—recibís este impacto:

¿Tú qué hicieras,
polvo, si yo me olvidara
de morir y lo supieras?

Nada más. ¿Para qué cincuenta versos, si el interrogante ha de quedar en el aire? O definiciones así:

Es tan solo un corazón
el que canta las canciones;
pero son dos corazones
quienes hacen la canción.

O estos juegos de ilusión:

La niebla me ha contado:
ensayo a deshacer
ciudades, y logrado
por fin lo deseado,
las dejó renacer...

Su antecedente inmediato está en Antonio Machado, el del cancionero, o en aquel de las «alboradas».

Escuchad, señora,
los campaniles del alba,
los faisanes de la aurora.

Nunca se viera
de misa, tan de mañana,
viudita más casadera.

No todo está logrado, ciertamente, en *Aire y ceniza*. Pero la balanza de los éxitos puede más. Y lo no conseguido es tan breve y tan leve, que no ha lugar al enojo. Y se agradece, al par que el tono de noble elevación, la ausencia de *ismos*. Aquí al pan se le llama pan y al vino, vino. Y a...

Acuden a nuestra mente
ideas que no llamamos.
Misterio del subconsciente,
parece poco prudente
decir luego que pensamos...

¿cómo llamarle? ¿Metafísica poética?
Bien, sí; pero es preferible...

JARAIZ, versos de Juan Alcaide Sánchez.

La poesía de Alcaide ha seguido un curso natural. Los lectores de esta revista recordarán que se lo dimos a conocer tratando el paisaje manchego, haciéndose paisaje él mismo, tomando la voz de la tierra y pidiendo, por ella y para ella, atención, gracia, bondad, amor. Aquella

(1) Madrid, MCML.